

LA BÚSQUEDA DE DIOS

Grados de la creencia en Dios

Son mayoría las personas que ni siquiera sospechan de la existencia de Dios, y lógicamente el tema de Dios no las entusiasma mucho. Hay otras que, por influencia de la tradición, pertenecen a una fe u otra, y adquieren por su entorno la creencia en la existencia de Dios. Su fe es suficientemente fuerte como para mantenerlas ligadas a ciertos rituales, ceremonias o creencias, y raras veces posee la vitalidad necesaria para que cambien radicalmente de actitud respecto de la vida. E incluso hay otras personas de mentalidad filosófica e inclinadas a creer en la existencia de Dios debido a sus propias especulaciones o a afirmaciones de otros; en el mejor de los casos, Dios es para ellas, una hipótesis o una idea que es producto del intelecto. Esta tibia creencia nunca podrá ser en sí misma suficiente incentivo para lanzarse a buscar seriamente a Dios. Estas personas, no saben de Dios a través de un conocimiento personal, y Dios no es para ellas objeto de un intenso deseo o esfuerzo.

El verdadero aspirante busca el conocimiento directo de las realidades espirituales

Un verdadero aspirante no se contenta con conocer realidades espirituales que se basen en lo que otros dicen, ni les satisface conocer meramente por inferencia. Para él, las realidades espirituales no son objeto de vagos pensamientos, y su aceptación o su rechazo implican trascendentales consecuencias para su vida interior. Por ende, el aspirante lógicamente insiste en el conocimiento directo de esas realidades. Un ejemplo de esto es un hecho que ocurrió en la vida de un gran sabio. Un día, él estaba conversando sobre tópicos espirituales con un amigo muy adelantado en el sendero. Mientras dialogaban, su atención se desvió hacia el cuerpo de un difunto que transportaban frente a ellos. “He aquí el final del cuerpo, pero no del alma”, observó el amigo. “¿Has visto al alma?” preguntó el sabio. “No,” le contestó el amigo. Y el sabio siguió siendo escéptico acerca del alma, pues persistió en su conocimiento *personal*.

El aspirante tiene una mente abierta

Aunque el aspirante no pueda contentarse con conocimientos de segunda mano ni con suposiciones, él no se cierra mentalmente ante la posibilidad de la existencia de realidades espirituales que no han llegado ser parte de su experiencia. En otras palabras, es consciente de las limitaciones de su propia experiencia individual y se abstiene de convertir a esta última en el criterio de

toda posibilidad. Su mente está abierta a todas las cosas que se hallan más allá del alcance de su experiencia. Si bien no las acepta de oídas, tampoco se precipita a negarlas. La limitación de la experiencia tiende frecuentemente a reducir el alcance de la imaginación, de manera que el individuo llega a creer que no existen otras realidades que aquéllas que han formado parte sus experiencias pasadas conocidas. Sin embargo, habitualmente algunos episodios o sucesos de su propia vida harán que el aspirante se escape de su dogmático encierro y obtenga una mente realmente abierta.

Un episodio ilustrativo

Un ejemplo de esta etapa de transición se puede ilustrar con una anécdota de la vida del mismo sabio, el cual resultó ser un príncipe. Unos días después del episodio ya mencionado, iba a caballo cuando apareció un caminante que avanzaba hacia él. Puesto que su presencia impedía el paso del caballo, el sabio le ordenó arrogantemente al hombre que saliera del camino. Éste se negó, por lo que el sabio desmontó y ambos tuvieron la siguiente conversación: “¿Quién eres?,” preguntó el caminante. “Soy el príncipe,” contestó el sabio. “Pero yo no sé que tú eres el príncipe,” dijo el caminante y continuó: “Te aceptaré como príncipe solamente cuando yo sepa que lo eres, y no de otra forma”. Este encuentro hizo que el sabio se diera cuenta de la *potencial* existencia de Dios aunque él no Lo conociera por experiencia personal, así como él era realmente un príncipe aunque el caminante no lo supiera por su propia experiencia personal. Entonces, al abrirse su mente a la posible existencia de Dios, se abocó a resolver esa cuestión con fervor.

Indiferencia acerca de la existencia de Dios

Dios existe o no existe. Si existe, su búsqueda se halla ampliamente justificada. Si no existe, no se pierde nada buscándole. Sin embargo, el hombre no suele dedicarse a buscar realmente a Dios como si se tratara de una iniciativa voluntaria y alegre. Él es impulsado a esta búsqueda al desilusionarse con las cosas de este mundo que lo seducen y de las que no puede desviar su mente. La persona corriente se enfrasca por completo en sus actividades del mundo físico. Vive sus múltiples experiencias alegres y penosas sin siquiera sospechar que existe una Realidad más profunda. Él procura por todos los medios tener placeres sensuales y evitar diferentes clases de sufrimiento.

Ocasiones que hacen pensar

Ésta es la filosofía del individuo común y corriente: “Come, bebe y diviértete”. Sin embargo, a pesar de su incesante búsqueda del placer, de ninguna manera puede evitar enteramente el sufrimiento, y aunque logre complacer sus sentidos, a menudo lo llevan al hartazgo. De manera que,

mientras atraviesa la ronda diaria de variadas experiencias, suele surgir una ocasión en la que él empieza a preguntarse: “¿Cuál es el fin de todo esto?”. Este pensamiento puede surgir de algún episodio desafortunado y para el que no está mentalmente preparado. Puede tratarse de la frustración de algo que esperaba y de lo que estaba seguro, o de un importante cambio en su situación que exigía un reajuste radical y renuncia a modos de pensar y comportarse ya establecidos. Normalmente esta ocasión surge como consecuencia de la frustración de un fuerte deseo. Si por casualidad, algo que él desea profundamente se frustra de tal manera que no existe la más leve posibilidad de que alguna vez se concrete, la psiquis experimenta un shock tal que no acepta más el tipo de vida que hasta entonces podría haber aceptado sin cuestionarla.

La incontrolada fuerza de la desesperación es destructiva

Es probable que, en estas circunstancias, la persona sienta forzosamente una desesperación total. Y si la formidable fuerza generada por esta alteración de su psiquis sigue careciendo de control y dirección, puede incluso desembocar en un grave trastorno mental o en tentativas de suicidio. Esta catástrofe vence a aquéllos en quienes la desesperación se une con la irreflexión, pues permiten predominio libre y total del impulso. Lo único que la incontrolada fuerza de la desesperación puede hacer es destruir. La desesperación de una persona reflexiva es, en similares circunstancias, totalmente diferente en cuanto a sus resultados porque la energía liberada es controlada y dirigida inteligentemente hacia un propósito. La persona toma una importante decisión para descubrir y concretar el objetivo de su vida en el momento de esta divina desesperación. Así nace una verdadera búsqueda de valores duraderos. De ahí en adelante, la candente pregunta que no puede silenciarse es ésta: “¿A qué conduce todo esto?”

La divina desesperación es el comienzo del despertar espiritual

Cuando la energía mental del individuo se concentra, pues, en descubrir la meta de la vida, utiliza creativamente la fuerza de la desesperación. Las cosas efímeras de la existencia no le satisfacen más, y es totalmente escéptico acerca de los valores comunes y corrientes que hasta entonces había aceptado sin dudar. Su único deseo es encontrar la Verdad a toda costa, y no se contenta con cualquier cosa en la que la Verdad esté ausente. La divina desesperación es el comienzo del despertar espiritual porque da lugar a que la persona aspire a realizar a Dios. En el momento de la divina desesperación, cuando todo parece hundirse, la persona decide correr cualquier riesgo e indagar el significado de su vida, el cual está *detrás* del velo.

Dios o nada

Falló todo lo que le servía de consuelo, pero al mismo tiempo su voz interior rehúsa reconciliarse por completo con la posición de que la vida carece de todo sentido. Si él no postula aún alguna realidad oculta que hasta ese momento no conoció, entonces no hay nada por lo que valga la pena vivir. Tiene solamente dos opciones: o existe una Realidad espiritual oculta, que los profetas han descrito como Dios, o todo carece de sentido. La segunda opción es cabalmente inaceptable para la personalidad total del hombre, por lo que deberá ensayar la primera opción. De manera que el individuo se vuelve hacia Dios cuando los asuntos de este mundo lo acorralan.

Reevaluar las experiencias a la luz de la Realidad postulada

Ahora bien, puesto que no existe un acceso directo a esta realidad oculta que él postula, inspecciona sus experiencias habituales en procura de vías posibles que conduzcan hacia un significativo *más allá*. Así retorna a sus experiencias habituales con el propósito de recoger un poco de luz sobre el sendero. Esto implica mirar todo desde un nuevo ángulo y supone una reinterpretación de cada experiencia. Ahora tiene no solamente experiencia sino que también trata de sondear su significado espiritual. No le interesa meramente lo que es, sino también lo que *significa* en la marcha hacia esta meta oculta de la existencia. Toda esta cuidadosa reevaluación de la experiencia tiene como resultado el logro de una percepción que no le sucedía antes de iniciar su nueva búsqueda. Reevaluar la experiencia equivale a una nueva porción de sabiduría, y cada complemento de la sabiduría espiritual produce necesariamente una modificación de nuestra actitud general hacia la vida. De modo que la búsqueda puramente intelectual de Dios o de la Realidad espiritual oculta, repercute en la vida práctica de la persona. Ahora su vida se convierte en un real experimento con los valores espirituales percibidos.

Encontrar a Dios es volver hacia nuestro propio Ser

Cuanto más continúa experimentando inteligente y decididamente con su propia vida, más profundamente comprende el verdadero significado de la vida. Hasta que finalmente descubre que está experimentando una completa transformación de su ser, llegando a percibir de verdad el significado real de la vida tal como es. Dueño de una visión clara y tranquila de la verdadera naturaleza y valor de la vida, comprende que Dios, a quien ha estado buscando con tanta desesperación, no es un ser extraño, oculto o externo. Porque Él es la Realidad misma y no una hipótesis. Es la Realidad vista con una visión no empañada: la Realidad misma de la que él es una parte, en la que había tenido todo su ser y a la que de hecho él es idéntico.

De manera que, aunque empieza a buscar algo totalmente nuevo, en realidad llega a una nueva comprensión de algo que es antiguo. La travesía

espiritual no consiste en llegar a un nuevo destino en el que la persona obtiene lo que tenía o se convierte en lo que no era. Consiste en que se disipa su ignorancia respecto de sí mismo y de la vida, y crece gradualmente esa comprensión que empieza con el despertar espiritual. Encontrar a Dios es volver hacia nuestro propio Ser.